

Llegando a Barbastro

Vicente Sanz Tobes cmf

La verdad es que no tengo pereza para escribir, por eso quiero contaros algo de mi vida y la de mis compañeros antes de que se nos echen encima los acontecimientos que estamos barruntando. Ayer, día 1 de julio de 1936, llegamos de Cervera a esta casa de Barbastro. Parece que aquí hay ciertas posibilidades de estar seguros. Nos habían comentado los Superiores que tal como está la situación política en España sería conveniente enviarnos a un país cercano. Hablaban de Andorra, pero también de Portugal, de Francia, de Italia. No sabemos lo que va a pasar, la situación es muy tensa. Pero vayamos al tema.

Yo me llamo Faustino Pérez. Nací en 1911, o sea que tengo 25 años, más o menos como mis compañeros. Pertenezco a una familia humilde de Navarra, más o menos como la de todos mis compañeros. Huérfano de padre y cuidando cabras en mi infancia. En esto ya me diferencio algo de mis compañeros, aunque varios de ellos son también huérfanos como yo. El último consejo que recibí de los míos al entrar en el seminario claretiano de Alagón fue el de mi madrastra: "*Hijo, cuando vuelvas a predicar al pueblo, grita fuerte*". También me dijo mi compañero Teodoro Ruiz que a él el último consejo que le dieron fue: "*No te hagas fraile, porque la mayor parte se vuelve*", a lo que respondí: "*No serían muy buenos antes de ir al convento. En cuanto a mí, voy dispuesto a no volver*".

Ingresé en el seminario un poco tarde para lo que se acostumbraba en aquellos tiempos. Algunos de mis compañeros habían ingresado con 11 ó 12 años. Ramón Illa hasta con 9. Era normal por aquel entonces que entráramos con poco conocimiento de lo que en realidad buscábamos. Curiosamente a muchos nos había empujado algún claretiano de los que se movían por los pueblos dando misiones; los de la parte de Burgos, por ejemplo, hablaban del P. Damián Janáriz, los de Cataluña del P. Emili Bover, etc. A otros les había abierto el camino algún familiar claretiano o un muchacho del mismo pueblo. En general, como digo, todos procedíamos de familias humildes pero muy religiosas, muy ligadas a la iglesia y al cura párroco del pueblo.

Si alguno nos hubiera preguntado entonces por la situación política, creo que hubiéramos podido decir muy pocas cosas. En el pueblo muy pocos sabían leer y escribir, y tampoco abundaban los periódicos. Hoy, julio de 1936, algo más podríamos añadir, como luego diré, dado que durante la carrera, aunque no tuvimos la oportunidad de leer el periódico o escuchar la radio, hubo algunos Padres y algunas lecturas que nos abrieron un tanto los ojos. Eso ayuda a entender algo del por qué nos encontramos huyendo, un poco a escondidas.

No todos procedíamos de la misma zona, por lo que tampoco ingresábamos en el mismo seminario claretiano. Unos habían entrado en Alagón, otros en Barbastro, otros en Cervera. Pero todos nos encontramos juntos en Vic para hacer el Noviciado pasados unos cuatro o cinco años. A partir de ahí nuestra historia iba a ser la misma. Ahora íbamos todos uniformados para afrontar nuestra misión: vestíamos, por fin, nuestra soñada sotana y nuestra faja a la izquierda, y nuestra esclavina y nuestro tricornio. Un sueño de vedad. Y estábamos acompañados aquel año por nuestro Maestro, el P. Ramón Ribera. Antes habíamos conocido a otros Padres, como Francisco Pinyol, José Ribé, Pedro Sitges, Felipe Calvo. Todos ellos nos habían ido abriendo los ojos a un mundo nuevo, lleno de sueños misioneros, que se mezclaban con otros sueños infantiles de aventuras y de países exóticos y lejanos. Pero fue el Noviciado el que de verdad nos marcó en los temas que luego nos llevarían a afrontar situaciones como la que ahora estamos viviendo. En el Noviciado conocimos lo que eran las Constituciones, con su intensa y exigente espiritualidad. Aunque, la verdad, el estar escritas en latín no favorecía mucho su comprensión. Allí conocimos en profundidad al P. Fundador, que entonces no era aún Beato. Aunque

ninguno de nosotros había podido leer su Autobiografía sabíamos que había sido publicada por primera vez en 1915 pero que solo los claretianos bien formados podían leerla. Allí nos apasionábamos con la historia de la Congregación. Y allí aprendimos los nombres de países lejanos: Guinea Española, Chile, México, China...; y de misioneros a los que considerábamos nuestros héroes: los Padres Fogued, Valier, Ajuria, Avellana, Onetti... Como no podíamos hablar en el comedor nos leían sus historias que nos llenaban de sueños misioneros. Allí aprendimos canciones como la *Canción del Misionero*, que precisamente estos días estamos ensayando para darnos ánimos y no perder la esperanza de poder ir a misionar por el mundo: "*Jesús ya sabes, soy tu soldado...*".

Cuando estábamos en el Noviciado todavía nos quedaba mucho camino por hacer, pero al terminarlo ya cada uno había comenzado a tener en su imaginario una vida misionera propia y larga. De todos modos ahora tocaba todavía ir a Solsona a estudiar la Filosofía. La Filosofía nos ayudó a fundamentar muchas de las cosas que habíamos aprendido en el Noviciado. Y de eso se encargaban nuestros buenos profesores y, sobre todo, nuestro Prefecto el P. Felipe Calvo, al que luego encontraríamos en Cervera, y que es el que nos ha acompañado aquí a Barbastro.

Y, por fin, Cervera, la gran Universidad. Y los grandes profesores de Teología. Y nuestros grandes Prefectos: Clemente Ramos, Felipe Calvo... Fue en esta época donde pudimos vivir con intensidad un acontecimiento inolvidable: la beatificación de nuestro Padre Fundador el 25 de febrero de 1934. Lo que contaba no era la gracia de lo institucional o de lo doctrinal. En el Fundador los jóvenes veíamos los dones que el Fundador había recibido: la fe, la caridad, la abnegación, la mansedumbre... Una intensa comunicación del Espíritu que le condujo a identificarse espiritualmente con la caridad sacrificada y redentora de Cristo. Esta es la fuerza que le movía interiormente a imitar la vida de Cristo y a sacrificarse enteramente por el bien de la Iglesia y la salvación de los hombres. Estos dones no los recibió sólo para sí, sino para ser en la Iglesia continuador de la vida de Cristo y de los apóstoles en el anuncio del evangelio. Anuncio capaz de ser encarnado en culturas distintas y adaptado a las necesidades de los diferentes ambientes.

El mes siguiente a la Beatificación se reunieron en Roma los claretianos más prestigiosos, algunos de los cuales conocíamos bien, para celebrar el Capítulo General. Nos llegó la noticia de la elección como nuevo General de un famoso jurista muy conocido en las Congregaciones Romanas, el P. Felipe Maroto. Entonces nos dimos cuenta de la importancia de la preparación intelectual que debía acompañar a la preparación espiritual y pastoral. Todos queríamos ser, también, como los Padres Maroto, Larraona, Tabera, Goyeneche...

Pero, al mismo tiempo, la vida en la Universidad de Cervera nos abrió al mundo de lo social. Allí, en nuestros paseos dominicales, el P. Calvo nos comentaba los periódicos, sobre todo el *Debate*. Allí oíamos hablar del mundo obrero a nuestro superior, el P. Jaime Girón. Allí escuchábamos con atención aquel libro que nos leyeron durante las comidas: "*Por un porvenir mejor*", del jesuita francés P. Croizier, de la Acción Social Francesa. Y allí estudiamos nuestro texto de sociología del P. José María Llovera, además de los comentarios a la Encíclica papal "*Quadragesimo Anno*".

Mientras todo esto ocurría, nosotros continuábamos con nuestros estudios, nuestra oración, nuestros deportes y nuestras actividades en favor de las misiones a las órdenes del director de la *Academia Misional Cervarina*, en el *Centro Filatélico-misional*. Y haciendo nuestros pinitos literarios en la revista interna: "*Legión Cordimariana*" o en "*La Fiesta Santificada*", etc.

Y finalmente aquí estamos. Sólo hemos venido a Barbastro los alumnos del último curso con algunos Padres. No sabemos lo que ocurrirá en los próximos días. Seguimos nuestra vida ordinaria y preparándonos para la Ordenación Sacerdotal que ya está próxima. El camino ha sido largo, pero

estamos bien preparados. La mies es mucha y los obreros pocos. Nosotros hemos dicho al Señor: "*Aquí estamos, envíanos. A donde tú quieras. Ya sabes, somos tus soldados*".

Vicente Sanz Tobes cmf